

Desembarro mi biblioteca

Lectura del Decano Lic. Poggiese, Diego Arnaldo.

Elegí, como si no me fuera posible hablar de una experiencia como la que transitamos hace un año, un recurso que a lo mejor es trillado, pero aun así me ordena. El título que provisoriamente le puse a estas notas, modifica levemente el de uno de los ensayos más entrañables de ese intelectual fundamental del siglo XX que fue Walter Benjamin. Su ensayo, que tiene que ver con el arte de coleccionar, comienza de esta manera:

Desembalo mi biblioteca. Aquí está. No se encuentra aún instalada en los estantes, todavía no la ha envuelto el tedio ligero de la clasificación. Tampoco puedo recorrer sus hileras para revisarla, acompañado de interlocutores amigos. Pero no teman. Aquí me limito a rogarles que se trasladen conmigo entre el desorden de cajas desclavadas, en un ambiente saturado de polvo de madera, sobre un suelo cubierto de papeles rotos, en medio de unas pilas de volúmenes exhumados hace muy poco a la luz del día tras dos años-de oscuridad, para compartir desde el principio, en alguna medida, algo del ánimo, nada elegiaco sino, al contrario, impaciente, que despiertan los libros en el auténtico coleccionista.

Desde allí, despliega diversos aspectos de su relación con los libros, de la relación de los libros con su escritura, de la aventura de conseguir los títulos deseados, y aún más, determinados ejemplares (ya no títulos, sino ejemplares) que deberían ser parte de esa colección. Las adquisiciones por compra y su pesquisa, las subastas y sus pujas en las que se tensionaba la pobreza con el deseo del coleccionista hasta el hilo más fino, las adquisiciones y pérdidas por préstamos. Desembalar la biblioteca es una acción que se despliega en el día (en un momento menciona que se va la luz mientras juega, porque también hay momentos de felicidad infantil y libros con láminas), pero también la historia de los libros y en la vida del coleccionista. El orden y el desorden mutan en sus sentidos cuando miramos los estantes de la biblioteca con el ojo del coleccionista, y hay quien enferma, dice, cuando pierde sus libros; y hay que llega a delinquir para conseguirlos. Esa vocación de ordenar de alguna manera el caos de la biblioteca tiene algo que se parece a la experiencia del amor. Si Cerati decía algo

así como “sacar belleza de este caos es virtud”, Benjamin anticipaba con la contracara del orden de la biblioteca: “Todo orden, precisamente en estos ámbitos, no es sino un estado de inestabilidad sobre el abismo”

El 7 de marzo de 2025 el abismo se abrió, en nuestra Biblioteca, desde los desagües desbordados de la calle San Juan: el caos dejó de ser desafiante para todos y se volvió pura materia horrorosa. Todo lo que dije antes, ese ensayo precioso que solía servir para revisar autobiografías lectoras o evoluciones literarias, ahora se mostró desde su reverso *triste*. No digo *trágico*, porque más allá de nuestros libros la inundación realmente cobró vidas; no digo *devastador* en relación con nuestra colección, porque el agua barrió con recursos y proyectos colectivos en toda la ciudad. Digo *triste* porque era la sensación del primer día con los pies en el barro seco y duro que cubría el piso de la Marasso, con la luz cortada, con el olor papel mojado y madera pudriéndose que nos rodeaba. Éramos figuras grises agarrando un librito con todas las hojas pegadas por acá, otro chorreando por allá, usando dos dedos de cada mano como si eso pudiera evitar que nos manchemos un poco más la ropa sucia, o como si nos pusiera a salvo de los contaminantes que ya debíamos haber acumulado. Los que llegaron primero vieron un escenario peor, es cierto, y los que llegaron a la biblioteca central, peor aún: pero tengo la impresión de que todos miramos con los mismos ojos apagados, que esa biblioteca, ahora nuestra, se había empezado a perder aceleradamente frente a nuestras miradas impotentes. No romantizo esa escena que se extendió mucho más allá de la mañana del sábado 8 de marzo. Desembarramos la biblioteca, no toda, pero casi toda. Metimos las manos en los papeles mojados, aprendimos de hongos, limpiamos papel por papel, los pusimos a secar. Tiramos los irrecuperables sin dejar de mirarlos a ver si tenían una mínima chance, en un pasamanos que se hizo larguísimo entre las tres bibliotecas de 12 de octubre, movimos muebles, hicimos pilas de libros y revistas que quedaron al cuidado de quien llegara o se los llevara al sol de sus patios. Vimos salir y volver los libros de colecciones con nombre propio (Marasso, Lejarraga, Weinberg, Villar...), los libros comprados por PGI, los pedidos de cátedra, los donados por particulares y por los propios escritores. Elegimos, ciertamente, los ejemplares cuya pérdida era irremplazable y tratamos de salvarlos a toda costa. Perdimos, dolorosamente, muchos libros. Aprendimos de guantes, barbijos, porcentajes de líquidos limpiadores. Aspiramos esporas, nos contagiamos cosas que no sabemos cómo se habrán llamado. Conseguimos implementos, herramientas, transportes, donaciones. Compartimos facturas, mates, en algún momento nos pudimos reír. La biblioteca Marasso convocó una cantidad de

manos (en el sentido inverso de la explotación dickensiana): manos generosas que creo que no corresponde que les atribuyamos un lugar definido en la distribución jerárquica de roles universitarios. Nos dedicamos como pudimos y con lo que podíamos, estudiantes, profesores, auxiliares, no docentes, autoridades de la universidad, egresados, ex alumnos que no terminaron la carrera, amigos, familiares. Desembarrar la biblioteca era el camino calcado de la fiebre del oro, pero no para salvarse económicamente y de a uno los individuos participantes, sino para salvar esos objetos que parecían representar el sustrato material de nuestras pasiones, de nuestros objetivos, de nuestro horizonte colectivo comunes. Dejo a los trabajadores de la biblioteca el detalle de los trabajos y los días en que se recuperó el 80 por ciento de los libros (a fin de cuentas, nos pusimos felizmente bajo su mando); dejo a los registros los números de lo perdido y lo salvado; dejo a las fotos y los videos la elocuencia que me suele costar bastante para hablar de estas cuestiones, porque además de decir mucho vienen de ojos que volvieron a mirar amorosa y esperanzadamente nuestra biblioteca. No me gusta hablar en primera persona del singular, como autoridad del Departamento, para enumerar lo que nos tocó transitar en este episodio; por eso en nombre la comunidad departamental quiero reconocer y agradecer el esfuerzo colectivo, por la magnitud del esfuerzo y por el valor de lo colectivo. De eso se trata, en definitiva, este acto y esta muestra: lo que ven ahora, en las imágenes y en la biblioteca misma, es el reflejo de ese momento en el que pudimos ser un *nosotros*.